

eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos, al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretenir el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se estravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres, pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa doilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oirlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos: me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

### CAPITULO III.

*En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.*

CADA instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, sería un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma esactitud; y asi nos habremos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo aun lo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y

la niña Pudenciana permaneció en su casa hasta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso el coronel al cuidado de una señora que unia á sus finos principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un carácter propio para aya ó maestra de niñas.

Tenia pocas, porque sabia que el cuidado repartido entre muchos discipulos ó educandos, tocábales á nada; y vale mas educar y enseñar bien á diez, que mal á veinte. Con esta bella máxima estaba en continua observacion sobre sus pocas discípulas, y no les perdía movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas le tuvieran mucho respeto y cometieran menos faltas.

Para enseñarlas, jamas empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter entre serio y afable era propísimo para inspirarles amor, confianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien no las hacia estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejemplo, decia á las niñas: En cuanto sepan la leccion ó acaben su labor, se van á jugar hasta que sea hora de rezar. Con esto se apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar cuanto antes del asueto, y la que no se aplicaba, tenia que estar-se sentada con la maestra hasta que aprendia la leccion.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocia el azote ni la palmeta para nada: mucho menos habia la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicacion ó de talento no hacian bien la labor. El estilo serio enojado que la maestra usaba con las desaplicadas en este caso, era un castigo suficiente y las mas veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra máxima recomendable observaba, que deberia admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela; porque decia que tenia mucha esperiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos, aun en los tiernos años; que habia advertido por esta causa hechos maliciosos en criaturas de cinco y seis años, que contados se harian increíbles para los que no conocen la depravacion de nuestra naturaleza espoleada con el mal ejemplo: y por último, decia que las maestras que tienen esta mezcla, deben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre sí una responsabilidad muy grave; lo mismo que los padres que advertidos de estos inconvenientes envian á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educacion ningun pudor es nimio.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maes-

tra á cuyo cuidado fió el coronel la enseñanza de su hija Pudenciana.

Fácil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que Doña Matilde era una buena casada. y por lo mismo jamas se oponia á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo, no le pareció muy bien que se pusiera tan tarde á su hija á la amiga, y no dejaba de darle sus piquetitos.

Me acuerdo que un dia le dijo: ¡Si vieras qué gracias de Pomposita! ya sabe leer muy bien y la doctrina que es un portento. ¡Ya se vé! como fué á la amiga á buen tiempo. . . Si mi hija hubiera ido entonces, ya sabria tanto ó mas; pero tú eres su padre, y sabes lo que haces.

El coronel la entendió, y sonriéndose le dijo: ¿Qué cándida eres, hija! ¿Qué engañada estás! ¿Conque piensas que porque tu sobrina está dos ó tres años hacé en la amiga antes que tu hija, sabe mucho y lo sabe bien? ¿Crees que nuestra Pudenciana ha perdido el tiempo y no sabe nada? Pues te engañas. ¿Qué dijeras si yo te probara que tu sobrina no ha aprovechado cosa, y que en puntos de doctrina, tu hija sabe mas que ella, aunque la otra sabe de memoria el ca-

tecismo del padre Ripalda de principio á fin, y tu hija no?

Yo me sorprenderia, decia Matilde, porque no concibo cómo una niña que á estado en la amiga tres años hace, sepa menos que otra que lleva ocho dias de escuela.

Pues no es un arcano, respondió el coronel: lo que no se aprende bien, nunca se sabe bien, y mas vale ignorar una cosa del todo, que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere aprender bien: uno es saber bien lo que le enseñan, y otro olvidar lo que aprendió mal, esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya verás que poco ó nada sabe tu sobrina, y que ningunas ventajas lleva á tu hija, pues esta dentro de un año ó menos sabrá leer bien, y aquella jamas, si no olvida antes leer mal, lo que es tan difícil como pesado porque se dobla el trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabe mas Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquella sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende, y nuestra hija tiene ideas mas perfectas y mejor concebidas de su religion, aunque nada sabe como el loro. ¿No le has preguntado quién es Dios? ¿Y cuáles son sus atributos? ¿Dónde está?

¿Qué le debe? ¿Quién es ella? ¿Y en qué se diferencia del pájaro, del perro y de otro cualquier bruto?

En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla: pero como estoy satisfecha de que ni sabe leer ni va á la amiga á oír rezar pensé que no podia aprender muy fácilmente nada de esto.

Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel: Pudenciana me ha entendido, porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias y perceptibles á su edad.... Mas ella viene: quiero que te desengañe. Ven acá, mi alma, oye: dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina, ó que se te ha olvidado, y para que lo crea dile quién es Dios.

La Santísima Trinidad, dijo la niña, y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son mas que un Dios, y este Dios es un Señor muy santo muy bueno, muy lindo, y....

Sí, sí, dijo su padre interrumpiéndola; pero tu mamá quiere que le expliques cómo es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios, aunque tiene tres personas.—¿Pues no me has dicho, papá, que así como tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no mas, porque las tres

cosas distintas, todas son de un mismo paño, y tienen un mismo uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son mas que un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad y de una misma esencia, así como las piezas de tu casaca son distintas, pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá?—Sí, hija, eso te he dicho, y me has entendido bien. Mas ahora dime. ¿Qué cosa es Dios, que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

¿Ya no dije, papá, respondia la niña, que es Dios un Señor muy bueno muy poderoso, muy sabio y muy lindo?—¿Y de qué tamaño es Dios?—¡Oh! tú me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mundo, y yo y todos estamos como dentro de Dios, así como estamos dentro de la luz. Pues dime, seguia su padre, ¿aquí cuántos estamos? Cuatro, decia la niña, Dios, mamá, tú y yo (1).

---

(1) Cuando Diderot no deliraba en asuntos de religion, decia: "Si yo educara á un niño, le daria infinitas señales indicativas de la presencia de la Divinidad: si hubiera una tertulia en mi casa, lo acostumbraria que dijese siempre: estamos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo." De es-

Hízole un cariño su papá, la despidió á jugar, y dijo á Matilde: Yo no he querido mortificarla con hacerle responder cuanto sabe, porque no le sean fastidiosas estas materias; pero por lo que has oído conoceras si es imposible ir instruyendo á una niña de cinco años en su religion, haciéndosela conocer por principios. De este modo cuando llegue el caso de ponerles el catecismo en lo mano, lo leerán con gusto, porque entenderán lo que leen.

No así aquellas pobres criaturas que no teniendo mejor maestro que el catecismo, lo devoran de memoria sin entender una palabra de cuanto les hacen aprender. Todo el empeño de las personas que las instruyen, si esto merece llamarse instruccion, consiste en que digan seis ó siete declaraciones sin turbarse, y se dan con esto por muy satisfechas. De camino hacen otros daños, y es celebrar la gran memoria y comprension de las criaturas que las rezan, con lo que estas creen que saben mucho y que entienden la doctrina como el que mas: se llenan de vanidad, y esta vanidad, crece con ellas, y como hija de la soberbia é ignorancia, no las deja ni dudar que no entienden lo que dicen. El menor daño que se sigue de esto, es que cuando grandes, si son ma-

---

*tas máximas se valió el coronel, y se pueden valer otros padres de familia para el mismo fin.*

dres, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas del catecismo conciliar de memoria, pero ninguna inteligencia.

Cansado estoy de oír algunas criaturas responder de memoria ligerísimamente á algunas preguntas del catecismo, como lo podría hacer el perico. Por ejemplo, si se les pregunta: *¿Quién está en el Santísimo Sacramento del altar?* responderán con mucha satisfacción: *Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y alma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia como en el cáliz, y en cualquiera partícula.* Muy bien respuesto pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta? Nada menos. Pregúntales: *¿Quién es ese Jesucristo? ¿Qué cosa es cuerpo? ¿Cuál es alma? ¿Qué entienden por gloria? por partícula, &c.?* y las verás enmudecer.

Esto es una lástima. Son muy funestas las consecuencias que se siguen de esta clase de enseñanza. Dentro de México y en todas partes se ven cada día personas ignorantísimas de su religion, que abrigan las ideas mas erróneas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia solo se advierte en la infima plebe, gentes ordinarias y sin ningunos principios de educación? No, hija: yo te hablo con esperiencia, y te aseguro que no son pocos los decen-

tes infatuados y llenos de errores en materias de religion.

Si esto no fuera, no hubiera tanta corrupcion de costumbres como hay: porque el que ignora quien es Dios, cuál su bondad y poder, qué cosa es el espíritu, cuál y qué justa es la fuerza de la ley, y todo lo demas que tiene la religion de conducente á la moderacion de las pasiones, al deseo del bien y aborrecimiento del mal, no es mucho que obre casi siempre con un error culpable. cuando no sea con una obstinada malicia. En fin, el que sabe su religion fundamentalmente, tiene mucho freno para sujetar sus desordenados movimientos, bastante motivo para reconocer al Criador, y poderosos ausilios para volver al camino de la verdad, aun cuando se haya estraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante, el que no sabe de su religion sino lo que dice el catecismo sin entenderlo, tiene cuanto el diablo ha menester para estraviarlo y que se quede así hasta la muerte. Acaso no hubiera habido tanto herege, si no hubiera habido tanto ignorante de su religion católica; pero como han carecido de sus principios, y han desconocido sus apoyos, fundamentos y solidez, han sido demasiado fáciles en abrazar aquellos errores con que una nueva secta lisonjeaba sus pasiones con una libertad criminal. Mahoma era un ignorante audaz; pe-



ro conociendo el natural apetito de los hombres al libertinage, y su torpe ignorancia en asuntos de religion, se valió de esta misma ignorancia y corrompido deseo, permitiendo á sus sectarios la poligamia ó el uso ilimitado de mugeres.

Con mas finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot, y otros que escribieron llenos de contradicciones, y quizá ó sin quizá, contra lo mismo que sentian en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares (1); pero siempre sin perder de vista el lisongear el desarreglado apetito de los hombres hacia la libertad ó llámese mejor libertinage.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su zizaña; pero ¡quién seguirá los pasos de un ciego, sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho conocerás cuánta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religion por principios, y qué poca confianza se debe tener de que la entiendan aquellos que solo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre

(1) *Léanse las Helvianas ó cartas filosóficas traducidas del francés por D. Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones, en que incurrieron muchos de estos filósofos en materias de religion.*

puntos tan interesantes, y en otra te haré ver.... ¿qué digo? te demostraré hasta la evidencia que el desacato, el fanatismo y la supersticion que se nota entre los cristianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los hereges, no tienen otro origen que la ignorancia de nuestra religion: ignorancia que no sería tanta ó ninguna, si los padres y madres por sí, ó por personas sábias, procuraran instruir á sus hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

En verdad que yo la envidiaba, decia Matilde, porque estaba entendida de que sabia leer y la doctrina. ¡Ya se vé! yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto dices bien. De nada sirve saber las cosas mal: esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, segun me esplicas.

Me acuerdo que ya hace como un año ó mas, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mi me hubiera sucedido me habria corrido demasiado.

Pues mira tú, que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabia toda la doctrina. El padre franciscano que desde luego pensaba como tú, despues de haberle oido

rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó: ¿Quién es Dios? A lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha flema la volvió á preguntar: ¿Conque el Padre es Dios?—Si es.—¿El Hijo es Dios?—Si es.—¿El Espiritu Santo es Dios?—Si es.—¿Son tres dioses?—No, sino uno esencia y trino en personas.—Muy bien, decia el religioso: ¿el señor es padre? ¿Y el señor? señalando á los clérigos. Si son, respondia la niña.—¿Y yo soy padre?—Tambien.—¿Y cuántos padres hay?—Tres.—¿Pues cómo está eso de que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espiritu Santo es Dios, y no son tres dioses? Vaya, á ver cómo lo entiendes.

Pomposita, atacada con la comparacion enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre como diciéndole que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponía colorada. El padre franciscano, para rematar el cuento, preguntó á Pomposa: ¿luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Si estamos, respondió la niña; porque no lo podemos cumplir sin entenderlo. Considera tú el café (1) que tomaria Eufrosina con semejante reprension.

---

(1) Frase comun en México, con que hablando familiarmente, se da á entender que alguna persona se avergüenza ó incomoda. Suele decirse café con moscas, y así se entiende mejor.



Es preciso confesar, dijo el coronel, que el buen religioso se olvidó en aquel lance de las reglas de la prudencia y urbanidad. Cuando se ecsamina á alguna criatura, es menester considerar su edad, su estudio y sus potencias; y no hacerles jamas unas preguntas y argumentos que sean superiores á sus luces.

La retorsion que le hizo á nuestra sobrina, era demasiado fuerte para ella, y no fue mucho que no la respondiera. Hay algunos genios tan pedantes, que así arguyen á las mugeres, á los niños y á los legos, como pudieran á un sustentante al pié de la cátedra. Sus preguntas mas se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerlos lucir. ¡Entendimientos flacos y cobardes, que se lisonjean con tan pequeños triunfos!

Si la niña le hubiera dicho: hay tanta desproporcion y diferencia de la comparacion que usted me pone con el objeto que yo esplico, ó con la Trinidad que creo, cuanta hay del ser al no ser, y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fé me lo enseña, aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprendible á toda pura criatura inteligente; y siendo un ser infinito, solo un entendimiento infinito puede comprenderlo: no habiendo otro entendimiento infinito mas que el suyo, se sigue que solo Dios se comprende

perfectamente, solo Dios sabe quién es Dios hasta donde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sábia y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamas á definir la esencia divina ni á comprender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Cómo quiere usted que yo lo esplice dignamente? Usted mismo con su borla y teología, ¿qué digo yo usted mismo? Santo Tomás, S. Agustin, S. Gregorio, el eximio Suarez, y cuantos teólogos profundisimos ha respetado el mundo, no esplicaron jamas este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fé. S. Francisco de Sales decia, hablando con Dios: *Señor, vos seriais muy pequeño si pudierais ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Pero de que este misterio sea incomprendible, no puede seguirse que no ecsiste. Semejante ilacion seria el mas estravagante disparate. De que no conozcamos ó no entendamos una cosa, no se deduce que la cosa no sea tal como en sí es. ¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos, y no saben lo que son? La electricidad, la atraccion del Norte al iman, la del iman al acero, la del azabache á la paja, etc. etc. las ven los hombres, hablan, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de estos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los compren-

den. Todos sus adelantos en esta parte se han quedado hoy en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero qué más? No podemos dudar que tenemos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma ó lo que se quiera, superior á nuestra materia, una facultad intelectual que no goza la planta, la piedra ni el bruto: que se mueve y vive á nuestro igual; y sin embargo, ¿quién sabe lo que es esta alma? ¿Quién explica el mecanismo de sus funciones? ¿Quién sabe cómo piensa? ¿Quién entiende bien los fenómenos del sueño? ¿Quién define la causa del trastorno de un loco?... Mas ¿para qué es cansarse! ¿Quién es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie. Pues si el hombre no sabe quién es el hombre, ¿cómo tendrá osadía para definir á Dios, rastrear sus misterios, ni analizar sus perfecciones?

Si mi sobrina hubiera respondido de esta manera al padre, hubiera quedado bien; pero sería una simpleza esperar semejante respuesta de una niña de cinco ó seis años.

Lo malo que hubo en esto fué la indiscreta confianza de la madre, que aseguró sabía bien la doctrina, cuando no sabe sino el catecismo de memoria.

Es verdad que no todos debemos entender los misterios de la fé como los teólogos; pero todos debemos entenderlos lo mejor que podamos; y no con-

tentarnos con retener palabras de memoria. En fin no todos estamos obligados á ser teólogos; pero todos lo estamos á ser buenos cristianos, lo que no puede ser sino entendiendo la religion de Jesucristo y sus principales misterios conforme nuestra capacidad, y con arreglo á lo establecido por la santa Iglesia.

Cada conversacion de estas era una leccion oportuna que el coronel daba á su esposa; y como la daba con tan buen modo, jamás dejaba de coger el fruto que queria. ¡Qué diferente es el estilo de aquellos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mugeres con dureza é ignorancia! Tal modo es mas propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez, las mugeres se obstinan, no se corrigen, aborrecen á los hombres, y como se resfría cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que se quiere que hagan. ¡Cuánto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

Doña Eufrosina, ó llámese la Langurato, (para ir con la moda de nombrar á las mugeres por el apellido de sus maridos) no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga antes de tiempo segun se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco mas su salud, y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de estas maestras, pues las te-

nia de sobra con su mamá y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña y este nombre *moda* era pronunciado por ella á los cinco años con demasiado gusto é inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba; y todo lo que sabia que se usaba, era para ella su idolo favorito.

Era cosa admirable oirla reñir con el zapatero ó el sastre cuando no le traian una cosa á su gusto. "Maestro, solia decir al zapatero, ¡qué zapatos tan feos! no me cuadran, son de vieja; yo los quiero de moda, no como estas figuras."

Por desgracia jamas faltaban aduladores de la madre, criadas de casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el necio proceder de la niña. Unos decian: bien haya la señorita que no es tonta. Otros: ¡qué viva es! todita á su mamá. Otros: Dios la guarde. Y todos á porfía apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza.

La madre, que ó no entendia ó afectaba no entender el idioma de la adulacion, se ponía mas esponjada que huajolote (1), al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y esta se hinchaba como zapo advirtiendo sus elogios.

La educacion que Eufrosina le daba en orden á los

[1] Pavo americano.

criados, no era menos ridícula y reprehensible; porque despues que permitia á la niña estar en la cocina, y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, les reñia altamente al menor descuido de atencion que observaba usaban con su hija, como por ejemplo: llevar la mancerina sin servilleta, el vaso del agua no muy limpio, y cosas á este modo. Entonces habia en casa riña segura. ¡Cómo es esto, (decia la señora): atrevida grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¡No ves que es tu ama? ¡Has pensado que es otra como tú? Cuidado con tratar á la niña con tan poco respeto, porque te mudarás normala de mi casa.

La tal niña que advertia esto muy bien, concebía el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que le inspiraba su mamá, ya despues no las trataba como sirvientas sino como esclavas (1), es decir, punto menos que bestias. ¡Infeliz de la criada que tenia el mas mínimo descuido con ella á la edad de siete años, porque despues de tirarle con el trasto, la llenaba de improperios, y esto aunque fuera la criada ó criado un viejo ó una vieja! Ella no miraba edades

(1) *Muy mal hacen los que tratan á sus esclavos tiranamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados á salario son hijos de Dios y semejantes nuestros.*

sino situaciones; y como la suya era superior, dominaba la de sus domésticos á su antojo, y mucho mas contando, como siempre contaba, con la aprobacion de su necia madre.

Ya se deja entender que á todos los criados tuteaba aunque tuviesen la cabeza mas blanca que la pita de maguey: pero en medio de esta ridícula soberanía, pecaba la madre por el extremo opuesto permitiéndole la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir y entre tanto la niña se iba á la cocina, y entonces lejos de la mamá, no solo era una con las criadas, sino que les sufría mil llanezas que usaban con ella, á ferias de melcocha, orejones, (1) calabaza cocida, y otras golosinas, que por ordinarias no se ponian en la mesa, y á la niña cogian en deseo, y provocaban su apetito por la privacion en que sus padres la tenian de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solian decirle estas: niña, ¿por qué es usted tan perra y tan soberbia? ¿Por qué nos trata tan mal delante de la señora? Y entonces la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad, les decia: "Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así: ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo? Ella me dice que os acuse, que

(1) *Ruedas de manzana pasadas al sol.*

os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estais atenedas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hicieris os echarán noramala de casa." Ya se ve que la niña hablaba la verdad: su madre así lo decia, y estas seguramente son unas máximas bellisimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servirias.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por órden de su mamá, mientras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas sirvientas, para entretener el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejas á la niña. ¿Y qué cuentos eran estos? ¡Frieroleral cosas importantisimas y dignas de que las supiera una niña decente y que no se queria contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerías, brujas, amuletos, talismanes (1) y trescientas mil soflamas

(1) *Talismanes: figuras hechas de algun metal ó gra-*

y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura, pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se descrece en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han experimentado un milagro verdadero, ni se han hallado un real enterrado, y sin embargo, defienden á puño cerrado estas cosas, y aun las confirman con sus canas, años, y autoridad á costa de mentiras, dándose ellos mismos por testigos, y aturdiendo con esto á los simples que los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educacion moral de Pomposita. Mientras mas crecia en edad, se perfeccionaban las facciones de su cara. Estas, juntas con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque en efecto era habladorcilla, la hacian célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudian de bonita, viva, discreta, salerosa y curra. ¡Elogios malditos y dañosisi-

---

*badas en una piedra con correspondencia á los signos celestes, á los que supersticiosamente atribuyen alguna virtud. La manita de azabache, el colmillo de caiman contra el aire, el ojo del venado contra el mal ojo, el chupamirto para hacerse amables las mugeres, y otras supercherias semejantes que aun respeta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.*

mos en los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y bárbaros adúladores cuánto las perjudican, haciéndolas tenaces partidarias de la moda, orgullo y presuncion.

No es de estrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, mientras mas se adelantaba su edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento con mas perfeccion, su soberbia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á cuanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba mas tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamas los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga usted, Herrera, mire usted, Rios, escuche usted, Valdes. . . . . Este era el modo con que la niña nom-

braba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles, etc.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *marquesito, marquesito*. Confieso que pensé que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marqués de S\*\*\* hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad, que unos decian que era franca, marcial, del dia, y qué sé yo: y otros la tenian por una muchacha mal criada. En efecto, yo no soy calumniador, la pobre niña no tenia la culpa: veia que su mamá y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente. ¡Qué habia ella de hacer sino seguir su ejemplo!

Sin embargo, la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá el coronel la tenia enseñada á que distinguiera de sugetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los currillos y mocitos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distincion, los nombraba con respeto: de usía ó usted segun su clase.

Este modo le conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veian tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban y mas en una criatura tan pequeña. Todos la

abrazaban, la celebraban, y la tenian por una niña bien criada, porque sabia dar á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del dia.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que D. Dionisio disimulaba con prudencia,

No tenia tanta Eufrosina la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando esplicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entré colérica y sonrojada, Eufrosina dijo al coronel: y bien, hermano, habrá usted quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no se engria usted, porque yo siento decirlo; al fin estimo á usted como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero á la verdad, le está usted dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una muger para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorias ó de usía, hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas son vejestorias, antiguayas y payadas. No señor, las mugeres siempre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy bien las

atenciones de los hombres á quienes harto favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestándonos las mugeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas llanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, ¿qué fuera si nos humilláramos como las payas? ¡Jesus! nos quisieran tratar á la baqueta, se darían por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearían sus obsequios y comedimientos, y creerían tener en cada señorita una criada mas á quien mandar. Yo digo á usted esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demas, usted es su padre, y hará lo que le diere la gana. En todo caso, usted no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya usted ve que de estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hacer medios santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban á mi hija como á la de usted sin saber por qué alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café ó el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya usted ve qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos tontos, viejos hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que usted hará lo que

le dé la gana, pues al fin es su padre y no mé debo meter en la renta del escusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermón que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora Doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: usted, hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda, porque es muchacha, y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger. . . . Y dígame usted, ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué tiene baile la Tello?—Sí tiene: se ha casado Carmelita.—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Sí, hermana, coman ustedes, que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestacion con su cuñada; pero como Matilde habia oido hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cuál de las dos crianzas seria la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, le dijo: tu hermana habló como una muger necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque seria infructuosa á los dos;

yo no tenia que aprender nada de ella, ni tampoco habria querido ella convencerse de mis razones; mas á tí, que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana, porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningun título, alguna superioridad sobre los hombres, como cree tu hermana.

Por la ley natural, por la divina y por la civil, la muger, hablando en lo comun (1), siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza; siempre sábia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso porque esta misma debilidad fisica de que hablo, les sirviera como de parco ó escepcion para conservarse en aptitud para ser madres, y sostener la duracion del mundo. . . . Creo que no me entiendes: te lo diré mas claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos, su sapientísimo Autor, no

---

(1) *Los ejemplares que se pueden citar de algunas mugeres que sentadas en los tronos, han logrado no solo la absoluta independencia de los hombres, sino la dominacion sobre ellos, son escepciones de esta regla.*

concedió á las mugeres la misma fortaleza que á los hombres, para que estas, separadas de los trabajos peculiares á aquellos, se destinasen únicamente á ser la delicia del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagacion del linage humano.

Cuando te digo que las *primeras y principales*, no quiero negar á los hombres lo importante de su cooperacion: no te hablo como fisico ni como médico. He leído algo sobre el arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé por qué; pero no me toca esplicarlo, ni á tí te importa mucho el saberlo. Te hablo únicamente como filósofo: y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno, hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora si pienso que has comprendido cuán gravoso es el cargo de una madre, cuán recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuánta razon la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles por otra. No tenga, dijo el Autor de la naturaleza, en el acto de la formacion de la



muger, no tenga esta la robustez del hombre que rinde á una fiera, no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y de ñella enemigos de ciento en ciento; carezca del teson del estudioso que entre lioros y vigalias se consume por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el origen y modificacion de las pasiones humanas. Quédense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio: resérveseles el penetrar los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan las verdades de la física, química y matemáticas; arriéguese á los mares, y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el iris de sus disturbios, el iman de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas, y el último consuelo en sus adversidades y desgracias: quédese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el encanto de los sabios, el gozo de los guerreros, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto será la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se criarán los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mia, cuánta es la dignidad de las mugeres consideradas como esposas y madres de familia, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, despues de todo, esta misma debilidad las hace inferiores á ellos por la ley de la naturaleza.

Teniendo en consideracion esa misma debilidad, las leyes civiles las han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privacion resulta un justo premio debido al bello secso, y tan justo, que los hombres en haberlas escluido de estos cargos, no han hecho mas que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hombre que las vitupere por razon de la diferencia del secso, debe ser declarado por necio y por ingrato; pero al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente las mugeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. ¡Qué bien se acomodaría una muger con un niño en los brazos asido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusil! Lo mismo digo de una pluma, un formon, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres; era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mugeres sean inferiores á los hombres por

ley divina, no tiene duda. Espresamente conde-  
nó el Señor á Eva, y en ella á todas las mugeres á es-  
tar sujetas á los hombres, en castigo de la culpa ori-  
ginal. Esto todos lo saben: y así insistir en ello pa-  
rece que toca en bobería.....

¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió  
Matilde, pues á mí me parece que no lo saben todas,  
y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el  
empeño con que mi hermana quiere hacernos creer  
que las mugeres somos superiores á los hombres?  
Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que  
dices, ó á lo menos que no lo cree mucho.

Tienes razon, dijo el coronel, tu persuasion es jus-  
ta, y segun ella debes tener á tu hermana por una  
necia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infini-  
tas mugeres que piensan como ella; mas en obsequio  
de la verdad y de tu seso, debes disminuir á lo me-  
nos el cargo que les resulta de este bastardo modo  
de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa  
de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullo-  
sas como manifiestan.

¿Cómo no? decia Matilde: ¿pues quién la tiene?

Los hombres, dijo el coronel; los hombres que les  
dan la primera educacion moral en su niñez, y los  
que se la robustecen ó pervierten en su juventud.  
Estos son los culpables del orgullo y desordenado  
modo de pensar que se advierte en las mugeres, es-

pecialmente en las jóvenes hermosas; así como son  
recomendables cuando piensan con juicio y solidez  
las mugeres que ha puesto á su cuidado la naturale-  
za ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decia Matilde, lo  
que yo saco por consecuencia de tus conversaciones,  
es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las  
mugeres, y otras te declaras su defensor, echando  
á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te en-  
tiendo.

Eso es porque no quieres entenderme, reponia el  
coronel; yo jamas he sido enemigo de las mugeres.  
Cuando critico sus defectos, no es con el perverso  
objeto de satirizarlas, sino con el loable fin de que  
los corrijan, á lo menos tú que me entiendes, y esto  
tan lejos está de probar que las aborrezco, cuanto  
manifiesta mi decidido amor hácia ellas y este amor  
tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto.  
Esto es, no defendiendo á las mugeres por ser mugeres,  
ni las hisonjeo con esconerlas de toda la culpa que  
les echan los hombres; sino que en todo cumplo con  
lo que me dicta la razon.

¿Acaso crees tú que las mugeres fueran como son,  
si los hombres fueran como debian ser? De ningun-  
a manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea  
humilde, honesta y moderada, si su madre por culpa  
de su marido es altanera con los criados, altiva con

las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si le toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran, pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de D. Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda; porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada, se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion y se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de

los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por li-sonjearlas; pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último, debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

#### CAPITULO IV.

*En el que se trata una materia entretenida.*

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espiritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenía en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido, y ya se ve que él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo; sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la